

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

# VISIÓN DE UN PAISAJE

DISCURSO DE LA ACADÉMICA ELECTA

EXCMA. SRA. D<sup>a</sup>. CARMEN LAFFÓN DE LA ESCOSURA

Leído en el acto de su recepción pública  
el día 16 de enero de 2000

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. GUSTAVO TORNER DE LA FUENTE



MADRID  
2000



DISCURSO DE LA  
EXCMA. SRA. D.<sup>a</sup> CARMEN LAFFÓN



## VISIÓN DE UN PAISAJE



Señores Académicos:

Me siento conmovida y a la vez confusa en este solemne acto de mi ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Quisiera expresar mi gratitud a todos los miembros de esta Institución por honrarme con su elección. A Miguel Rodríguez Acosta, José Hernández y Gustavo Torner, especialmente, mi agradecimiento más sincero por haber iniciado, con sus propuestas, el camino que me trae hoy a este ilustre e histórico edificio. En su antigua Escuela de Bellas Artes finalicé mis estudios. Eran años decisivos para mi formación. Y ello, tanto por las lecciones que recibí, como por la influencia de los excepcionales artistas que fueron mis compañeros, entre los que se encuentran algunos de los actuales académicos.

Fue asimismo el comienzo de mi relación artística con Madrid, ciudad a la que también me unen lazos familiares, y con la que continúo manteniendo una fuerte vinculación.

Soy consciente del privilegio que significa haber sido

elegida académica siendo mujer. Con Teresa Berganza tendré la satisfacción de compartir, a partir de hoy, esta distinción. Somos la única representación femenina de esta Institución. Confío en que este «privilegio» sea el inicio de la futura incorporación a esta Real Academia de tantas mujeres que, en las distintas áreas y disciplinas como aquí se acogen, realizan trabajos de excepcional mérito y relevancia.

Me corresponde ocupar en esta Casa el lugar del pintor Manolo Rivera. Sucesión que me honra, al tratarse de un gran artista granadino al que me unió una sincera amistad, y con quien compartí años inolvidables en la galería de Juana Mordó que tanto significó para nosotros, y a la que también quisiera en este momento rendir homenaje. La presencia de Manolo Rivera en la galería era para mí motivo de gran fascinación. Andaluz como yo, pero del reino de Granada, siempre intuí, que su ciudad natal, la antigua capital nazarí, estaba presente en su obra. Los colores que se filtran a través de sus entramados metálicos nos proyectan tonalidades rojizas, ocres, cobres, de almagra caliente de la Alhambra, o también los verdes profundos y los azules de las aguas del Generalife. Fundador del mítico grupo *El Paso*, Manolo Rivera goza de mi admiración por su talante rompedor y por su constante afán en la bús-

queda de la luz a través de unas formas y materias que han sido toda una aportación para el arte contemporáneo.

Quisiera también tener un emocionado recuerdo para dos artistas, vinculados al sur, los elegidos académicos Fernando Zóbel y Gerardo Rueda. Y recordar también a José Antonio Fernández Ordóñez que, tristemente, hoy no nos acompaña.

## Visión de un paisaje

Mi breve discurso versará sobre la visión de un paisaje. Entre los temas que han formado parte de mi actividad pictórica, el paisaje ha ocupado un destacado lugar. Desde hace varios años trabajo en una serie de cuadros, que titulo *Vistas del Coto*. La decisión de que mi discurso trate sobre el tema de éstos ha estado motivada por lo mucho que significa para mí la realidad que los provoca: la desembocadura del Guadalquivir.

Dice Kenneth Clark en *El Arte del Paisaje*: «Los hechos se convierten en arte por medio del amor, que los unifica y los alza hasta un plano de realidad más elevado; y en el paisaje este amor que lo abraza todo está expresado por la luz.»

Luz que se derrama sobre este paisaje de tierra, mar, arena, río, marismas, de espacios infinitos, al que me asomo una y mil veces intentando trasladar al lienzo la emoción y la intensidad de su contenido. El Guadalquivir es el río de Sevilla, mi ciudad de nacimiento, que me lleva a Sanlúcar de Barrameda, mi otra ciudad, donde comencé a pintar y a soñar.

Soñar, porque cuando termina el río y comienza el mar abierto, la imaginación vuela o, mejor dicho, navega a países de tierras y cielos desconocidos, de leyendas y aventuras, de esperanzas e incertidumbres, suscitando en mí cuando lo contemplo sentimientos y pensamientos más allá del tiempo.

A los pocos días de nacer, en el mes de junio, me trasladaron al pago de La Jara, en las cercanías de Sanlúcar. Allí habían llegado, en el primer tercio del siglo, artistas sevillanos que pintaron estos paisajes. Y fue uno de ellos, Don Manuel González Santos, gran amigo de mi familia, quien nos llevó en los meses de verano hacia este lugar, donde él se había instalado. Y aquí transcurrieron durante largos períodos del año mi niñez y juventud.

Crecí, pues, en un paraje sencillo: un campo modesto, de pequeños cultivos de papas, tomates y maíz en tierras arenosas y rojizas; chumberas, mínimos grupos de cañaverales y algo de viña, salpicada por higueras y árboles frutales, completaban el entorno. Un eucalipto gigante cobijaba un pequeño establo. También una era y un pajar. Como jardín, campanillas azules. Cercana estaba la pequeña estación. El tren de baños, como lo llamaban, hacía el trayecto de Sanlúcar al Puerto de Santa María. Su paso

me marcaba las horas. En las noches, la luz del faro de Chipiona llegaba hasta la casa e iluminaba a intervalos el jardín. Todo esto, muy cerca del mar, formaba mi mundo, mi paraíso. Era lo que veía y sentía desde mi casa; «Grandiosidad de la naturaleza sencilla.»

Pequeños hechos colmaban nuestros días. Pasar del campo a la playa, penetrar en la sombra grande y fresca de un gran melocotonero vecino, ver formarse el pajar en la mañana, eran para mí grandes acontecimientos. Y añadiría el privilegio de ver pintar a Don Manuel. Su figura esbelta y venerable ante el caballete formaba parte del paisaje. Yo lo miraba y admiraba. Con él comencé a pintar.

Los paisajes del campo, el melocotonero, la higuera, junto a niños en el jardín y muchachas ensimismadas, fueron temas de mis primeros cuadros.

La sencillez de este lugar fue creando en mí una inclinación hacia el valor de lo menor, de lo íntimo, a cultivar y recoger «el tesoro que encierra lo pequeño,» como dice mi amigo el poeta Jacobo Cortines.

Eran pocas las familias que allí convivíamos: unas, venidas de fuera, en los largos meses del verano, y, otras, allí residentes, dedicadas a los cuidados del campo. Nues-

tras relaciones eran tan entrañables que han creado en mí un vínculo que permanece a pesar del tiempo. Algunas de estas personas fueron pintadas por Don Manuel y después por mí; mis primeros retratos masculinos fueron el del pescador Paco Merlín el Viejo, modelo de Don Manuel, y más tarde, el de su hijo.

La playa de La Jara era y es muy singular, de espacios cambiantes. Es una playa de arena blanca, con piedras, un poco fangosa por la proximidad de la desembocadura del río, de aguas templadas y oleaje irregular. Con la marea baja se producen milagros: el agua se aleja tanto que se puede caminar hacia el horizonte sin encontrar el mar, que ha dejado al descubierto, en su ida, un amplísimo semicírculo construido con piedras y ostiones para retener el pescado: el Corral de Merlín, un arte de pesca de origen romano para unos, para otros, árabe. En su interior, se crean en la bajamar lagunas, piélagos, charcos y surcos, acumulándose piedras, verdina, algas, un verdadero jardín de mar, en el que las luces y sus reflejos forman enredos y laberintos. En el tiempo de las algas, con las mareas muertas en que reina la calma, el agua tarda en desalojar el corral, convirtiéndose en un estanque en el que flotan éstas con sus pálidos verdes. La orilla se cubre con una alfombra verde, en la que se podrían recoger, según decía Manuel

Barbadillo, «un ramo fresco de algas y nardos blancos de sal.»

Al fondo, el horizonte de mar abierto y la peligrosa barra por donde navegan los barcos. En ella una referencia negra, los restos de un barco hundido durante la guerra, sombra triste en nuestra niñez. Y a la derecha la lejana línea, dorada y verde, de la costa de Huelva: el Coto de Doñana.

Después de aquellos primeros paisajes y los retratos de adolescentes en el campo, bajé a la playa a pintar figuras de muchachas junto al mar, en reposo o mirando con anhelo el horizonte. Posteriormente despojé la playa de figuras centrándome en el paisaje en sí: la bajamar, las ondulaciones de la arena mojada, las verdinas, la forma del corral, las luces. La variación continua de este paisaje, la sorpresa que ocasiona a cada hora, sus ruidos, sus olores de piedras mojadas, de algas y del mar de Poniente, fueron, y siguen siendo para mi labor pictórica, un inagotable caudal de sugerencias.

Sin embargo, a pesar de su presencia constante, la imagen del Coto de Doñana que desde La Jara se divisa nunca había entrado en mi pintura. A finales de los años

setenta, sentí la necesidad de aproximarme a él, a ese Coto lejano de mi niñez, y me acerqué a otra Sanlúcar, la de su playa de Bajo de Guía, desde donde se siente más cercano el Coto.

El paisaje que contemplo desde mi estudio de Sanlúcar es la desembocadura del Guadalquivir, el río que viene de Sevilla, que muere en Sanlúcar y se hace mar abierto. Y justo enfrente, al otro lado, en la margen de Huelva, el Coto de Doñana. Lo que percibo de este territorio es una franja estrecha y larga, que se asienta en una horizontal perfecta sobre el río, cuando se hace ancho y profundo, antes de volcarse al mar. Sus extremos son dos puntas, la de Malandar, que despide al río y se adentra suavemente en el mar, salpicada de ligera vegetación, y en dirección opuesta, una lengua de arena seca que apunta al puerto de Bonanza, por donde sale el sol.

Los elementos que componen esta franja del Coto son, por una parte, los pinos que, acosados por las dunas móviles, sólo asoman sus copas. Y por otra, la playa, donde formando paralelas con la arena, crece en algunas zonas el barrón, mata de finas hebras que fija las dunas.

Esta imagen escueta, esta síntesis de un territorio míti-

co y legendario, tiene para quien la contempla amorosamente la capacidad de sugerir un universo extenso y variado.

Me gusta observar el Coto con el Guadalquivir por medio, y a esa distancia que el río me impone. Me atrae sentir la relación entre ellos, y de ambos con el territorio. Es el misterio de un mundo partido por el río, Huelva y Sanlúcar.

No sé muy bien por qué, pero pocas veces he cruzado al Coto, la otra banda como la llaman los sanluqueños. Era y es para mí algo tan atrayente como inaccesible. Pero intento pintarla, desde la cercana lejanía de esta banda sanluqueña, y desentrañar sus esencias y su misterioso mundo.

Detrás de los pinos, que crean términos y lontananzas, presiento o creo adivinar su interior: bosques, lagunas, lucios, corrales de nombres sombríos o evocadores de tierras y de la vida que contienen. Y de lo que allí sucede, sólo me llegan las bandadas de pájaros en la tarde, al comienzo del otoño, dibujando ritmos en el cielo. Cuentan los antiguos guardas que un día del mes de febrero los ánsares en gran bandada se levantan inesperadamente, y

oscureciendo el amanecer con un inmenso ruido de batir de alas, inician su camino de retorno al norte de Europa. Es el anuncio de la primavera.

El único vestigio humano que veo, lamentablemente casi en ruina, es la casa-cuartel de la orilla del río. Esta nave blanca que mira a Sanlúcar, como posada en la arena y acompañada por dos grandes eucaliptos de gran verticalidad, rompe el ritmo de la horizontal y ofrece un referente muy importante para interpretar este paisaje.

Un apasionado de estos parajes, mi amigo el escritor José Manuel Caballero Bonald, dice que «en el estuario del Guadalquivir se perpetúa un enclave geográfico cuya significación nunca podrá ser apreciada del todo sin evocar los muchos ingredientes culturales que se han ido acumulando en su biografía.»

Soy muy consciente de que el Coto es también historia, leyendas, usos y hechos humanos. Y hay uno muy especial que me conmueve: allí en el palacio- «largo, blanco y remoto, en medio de un paisaje salvajemente romántico,» como es descrito por Guy Mountfort- vivió, junto a la Duquesa de Alba, Goya. Sus dibujos de jóvenes, desenfadados, espontáneos e impregnados de gran luminosidad,

me hacen pensar que el pintor fue feliz en este lugar. ¿Pero qué le parecería a Goya este entorno? Pienso en el calor... sólo pintó el paisaje del Coto en el fondo del espléndido retrato de la Duquesa, vestida de negro y posando a orillas de la Laguna de Santa Olalla.

Caballero Bonald, que escribe ante el mismo paisaje que yo pinto, continúa: «Por aquí no se prodigan ciertamente esos ornamentos físicos que exhiben los paisajes catalogados de maravillosos. Hay, sin embargo, otros factores naturales que sólo pueden ser evaluados a través de la sensibilidad o la propia capacidad imaginativa de cada uno».

Y siguiendo a mi cómplice en la mirada, yo también lo siento como un paisaje sin adornos. Creo que la cualidad que lo engrandece es su simplicidad, esa aparente simplicidad de horizontales infinitas que dividen los espacios de mar y cielo y configuran la banda del Coto. En la nitidez, en la pureza del dibujo de estas líneas, es donde radica, a mi juicio, su armonía, su vigor y su fuerza. Otras líneas de ondas y quiebros en la playa, de corrientes en el río, conforman un entramado que alcanza extraordinaria diversidad.

Lo primero que pinté desde el nuevo estudio de Sanlúcar fue la llegada del río Guadalquivir fluyendo entre dos paralelas perfectas: el río era de color rosa o plata, entre las orillas, desnuda una, y otra con pinares en la lejanía. En los cuadros que siguieron, incorporé algo del paisaje urbano de la playa de Bajo de Guía. Pienso ahora que tenía un cierto temor a enfrentarme a lo que tanto me atraía: la banda del Coto. Al mirarlo de frente lo intuí como una forma abstracta total. Sus únicas anécdotas se revelaban por las luces, el misterioso punto donde se encuentran figuración y abstracción.

El rigor de aquellas formas horizontales y la relación que se establece entre esta banda y los otros elementos de la desembocadura son la base de mi serie *Vistas del Coto*. Esta forma larga y estrecha que se apoya sobre el río ordena y estructura todo el paisaje. Son innumerables las interpretaciones que me brinda, tanto por lo que oculta, como por lo que me permite vislumbrar.

Y así, con las luces del amanecer, la banda del Coto surge uniforme y clara. Mas cuando aparece el sol de frente, dibuja franjas ocreas en la arena de su playa. Al subir la luz, comienza a emerger el matorral y dora las copas de los pinos. A la vez, la luz crea brillantes claros en las dunas, descubriendo sus variadas formas. Sin embargo, en los días

sin sol el Coto se reduce a dos zonas: los verdes de la vegetación y la arena.

Por la tarde, la luz es aún intensa. Los azules del cielo se tiñen de tonos rosáceos a medida que se aproximan a las aguas, porque el Guadalquivir en su último tramo es «un río de fango rosa,» como lo llamó el poeta Adriano del Valle.

En los largos crepúsculos del verano, la banda del Coto es oscura, de colores fríos y duros. Permanece largo tiempo en esa tonalidad, interponiéndose entre cielo y mar. Al anochecer, mar y cielo se funden, y el Coto parece retroceder y alejarse hasta no ser más que un fondo borrado. En la penumbra los espacios del cielo y del mar se hacen de plata, o, como de manera tan acertada decía Romero Murube: «Cuando la noche traga toda la sangre del crepúsculo -sangre roja, sangre celeste- el río es la vieja cinta de plata, carretera de la luna.» También en la noche, las paralelas del río se ocultan; sólo se ve la delicada línea de las salinas de La Algaida. La noche llega formando un espacio uniforme y quieto. Son noches de silencio, aunque otras veces pueda llenarse del inquietante misterio que cantaba José Bergamín:

*La noche tenebrosa  
Que enciende con su sangre el horizonte  
De agonizante aurora  
Y es como un mar de luz que desafía  
Su más profunda sombra.*

Pero esas noches no siempre son tan oscuras; a veces el manto negro-azul que las envuelve se ha retirado, y aparece un cielo de un bello azul agrisado que permite distinguir la densidad del pinar del Coto y el claro de las arenas.

En este mundo de sensaciones tan ricas, las asociaciones con imágenes de otros pintores son frecuentes, desde los románticos hasta los minimalistas. Y recuerdo a Friedrich cuando vislumbro al anochecer barcos, oscuros y silenciosos, señalando rutas y adentrándose en el océano. Y con los aires del poniente largos y fríos en el invierno, pienso en Turner, con embarcaciones que atraviesan la trágica barra, testigo de tantos naufragios. Y presiento a Monet cuando contemplo algas flotando en la bajamar, como una laguna en los días de calma. Degas está presente en las tradicionales y nostálgicas carreras de caballos por la playa, convertida en hipódromo azul. Seurat, en las tranquilas escenas al borde del mar. Rothko, en la banda roja del crepúsculo, y Walter de María, en el color y olor de la arena del río oscura y mojada.

Al remontar el río en dirección a Sevilla, tras rebasar la afilada y seca punta del Coto, sorprende la transformación que su cauce va experimentando entre míticas tierras de asentamientos humanos. Sus riberas son ahora distintas. La del Coto, un frondoso pinar libre de dunas, de troncos rojos y erguidos y una pradera a sus pies; la de la margen gaditana, playas estrechas, navazos y modesto caserío. Esa humildad contrasta con la amplitud de la desembocadura.

Desaparecido el pinar y subiendo río adentro, comienzan las Marismas, plano absoluto donde cualquier elemento insignificante cobra una relevancia extraordinaria: dos árboles remotos, casas solitarias de simplísima arquitectura, pequeños muelles, llaman la atención en la pureza y el silencio de esa inmensa llanura. Frente a ella, en la otra orilla, una planicie similar donde sólo destacan las blancas y frías salinas de La Algaida. El río es ya únicamente río, empieza a perder su azul del mar, y sus aguas tienden hacia los tonos marrón o verdoso o gris caliente, «río de barro salobre,» en palabras de Antonio Machado.

La esperanza del mar se ha perdido en una curva violenta. La visión la componen cuatro planos desnudos: rectángulo del cielo y trapecio del cauce flanqueado por los

triángulos de Las Marismas en ambas orillas. Lo más parecido, un cuadrado blanco de Ryman o las sensibles retículas de Agnes Martin.

El tramo entre Trebujena y Lebrija es especialmente rico en vestigios de antiguas civilizaciones: aún siguen apareciendo embarcaciones completas, o restos de ellas, enterradas entre los cultivos. Una orilla comienza a elevarse en lomas de albarizas sembradas de viñas, mientras la otra se extiende llana y monótona en el horizonte. Así las describe quien nació junto a ellas, el poeta Jacobo Cortines:

*Blancas colinas de doradas cepas;  
azul la mancha larga de este río  
en su oscura marisma; vaga bruma,  
la sorpresa del aire en lejanía.*

Y surge a continuación Lebrija, donde las dos orillas del río son ya provincia de Sevilla. Y se divisa la esbelta torre de su Iglesia Mayor entre dos cerros, presagio de la Giralda. Más adentro, eucaliptos y, en un claro, justo a la orilla del río, la finca de «La Señuela», donde Fernando Villalón, tan épico como el mítico rey Gerión, se empeñaba en criar toros no con ojos verdes, como quiere la leyenda, sino con astas verdosas, propias de la brava casta de Saavedra. El poeta cantó así al Guadalquivir y sus riberas:

*Betis es plateado. No es azul este río  
Porque el mar oceano le mueve las entrañas.  
Y sus peladas márgenes se entumecen de frío  
Sin la sombra del fresno ni de las verdes cañas.*

A partir de aquí el río fluye pacíficamente entre las verdes planicies de los arrozales. Muy cerca ya de Sevilla, por La Puebla, las orillas se van despojando del rigor y la desnudez que hasta ahora poseían y se van poblando de pequeños y grandes cortijos con jardines entre los que se alzan algunas palmeras. El río se bifurca y sus márgenes se rompen en brazos que dejan adivinar las islas. Al acercarse a la ciudad, el Guadalquivir parece engalanarse con los árboles de sus riberas y los naranjales que se reflejan en sus aguas. En una de esas apartadas orillas ubicó Zorrilla la quinta de Don Juan. Y ya en su entrada en la ciudad, el río adquiere carácter industrial, flanqueado por muelles y astilleros. Al fondo, esbelta y atrayente, la Giralda, como eje de las aguas.

El río en Sevilla y sus proximidades también ha sido un motivo recurrente en mi pintura. Curiosamente el primer paisaje que realicé tras terminar mis estudios en la Escuela de Bellas Artes fue la orilla de la calle Betis, en Triana. Después, varias series de los pueblos ribereños: los

cuadros del Guadalquivir a su paso por Coria y Gelves y los dibujos a carbón de *La Corta de la Cartuja* antes de su transformación en el 92. Del mismo modo, cuando quise rendir homenaje a mi ciudad, escogí los símbolos de la Giralda y la Torre del Oro reflejada en las aguas del Guadalquivir para el cuadro *Sevilla desde el río*.

La intención de mi discurso no ha sido hacer la historia de mi labor creativa, sino la de ofrecer una visión de un paisaje. La de un paisaje determinado, como este del Guadalquivir, desde Sevilla hasta su desembocadura, que para mí ha tenido y tiene una significación que no se reduce sólo a un motivo de mi pintura. También atañe a mi vida misma, a mi manera de sentir y de expresarme, a mi modo de contemplar la Naturaleza, a la que admiro y amo. Y también, por eso, llamo la atención sobre los paisajes considerados oficialmente «no bellos»; los paisajes humildes, los secos, los desnudos, esos lugares de extraña belleza, de aparente simplicidad y profundas complejidades, como estos que he pretendido evocar más que describir. Son tan frágiles y están tan amenazados que pueden ser destruidos, como ya lo han sido muchos, sin que la sociedad tome conciencia de lo que supone esa pérdida, y sin haberlos sabido apreciar en su justo valor. Ellos forman parte de nuestro patrimonio cultural, tanto como nuestros más pre-

ciados monumentos y museos, porque son también vivientes monumentos y museos llenos de vida. Velar por su conservación me parece un deber primordial, y mucho me gustaría que esta Institución, tan guardiana de la belleza, asumiese este nuevo compromiso para ofrecer a las nuevas generaciones un espacio para la evocación y el ensueño, para el goce del silencio, de la luz y del aire; en definitiva, para el enriquecimiento del espíritu.

Muchas gracias.





DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. D. GUSTAVO TORNER



Señores Académicos:

Para mí este momento es de una gran alegría. Y, por qué no decirlo, también de tristeza. La alegría, obvio es decirlo, es recibir en representación de esta Casa -la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando- a D.<sup>a</sup> Carmen Laffón como Académica de número después de leído este hermoso discurso que acabamos de oír y entregado el todavía más hermosísimo cuadro-*BODEGÓN OSCURO*- para nuestro Museo, en donde ya se encuentran otras obras de también grandes artistas, algunos de su tierra, como su amado Murillo, y otros compañeros actuales suyos que la estábamos esperando con un poco de impaciencia.

Y esta alegría se mezcla con un paralelo sentimiento de tristeza. Tristeza porque no están aquí con nosotros para recibirla Fernando Zóbel y Gerardo Rueda, los dos elegidos hace tiempo como Académicos y que ninguno de ellos logró leer su discurso de entrada en esta Casa por fatal desenlace.

Nosotros cuatro hemos tenido una larga y hermosa amistad, en la que lo personal y lo artístico se combinaban con natural espontaneidad y donde la raíz de la amistad, como en el amor, la preferencia del otro al yo, discurría con toda fluidez en nuestras relaciones. Todos aprendíamos de todos, en lo conceptual, en lo artístico, en lo personal. Nuestra amistad nos ha hecho ser más alegres y más serios, más atrevidos artísticamente y más responsables. Y más generosos. A pesar de la solemnidad y belleza de este momento, o precisamente por ello, no podía ni debía olvidar el recuerdo de estas dos ausencias.

Creo que tanto Fernando Zóbel como Gerardo Rueda harían mucho mejor que yo la semblanza de Carmen Laffón, como artista o como persona, aunque dichas cualidades nunca, en realidad, se puedan disociar. Aunque si nos fijamos bien y escuchamos entre las palabras el discurso que acabamos de oír, nos daremos cuenta de que en él ya está implícito todo lo que yo quisiera contar.

Seamos sinceros. En el discurso que nos acaba de leer Carmen Laffón nos describe unas vivencias personales, desde su niñez, en un paisaje que, y por eso decía que seamos sinceros, no nos interesaba demasiado, «a priori», aunque pueda ser, y lo es, bellísimo.

Y aquí está la magia de la obra de arte, resultante de ese don, llamado tantas veces divino, que posee y hace al artista.

Porque, que yo sepa, a nadie le ha interesado, o quizás mejor dicho, nadie ha sabido pintar un cuadro cuyo tema es una tenue raya en el horizonte y que por otro lado no sea solamente el mar.

Y es que Carmen Laffón, primero, ha sabido «ver» aquella lejana lengua de tierra con cielo arriba y agua abajo y, segundo, convertir lo que era una mera «visión» en un «paisaje». Bien. Esto es la misión de cualquier artista que lo sea de verdad. Pero para que Carmen Laffón haya podido tener en esos diversos momentos esa «visión», en hondura, que ha transformado en obra de arte, es porque ha tenido tras sí una vida llena de búsquedas difíciles y complicadas y que en nuestra presencia, aquí y ahora, se encuentran resumidas en este bello *BODEGÓN OSCURO*

En otras palabras, yo diría que su búsqueda ha sido la búsqueda del «resplandor». Del resplandor de todas las cosas. Las cosas de fuera y de dentro del yo.

Las cosas son como son y no son otra cosa. Esa es la única realidad. Pero pueden tener su «resplandor».

En cierto momento de su vida, Stanley Kubrik quiere hacer una película de terror, que dé mucho miedo, pero no

quiere emplear visualmente lo habitual: las nieblas y la oscuridad. Y hace, llena de luz, precisamente la que llama *El Resplandor*.

En otro orden de cosas Carmen Laffón, quizás más humildemente, pero no menos sabiamente, quiere que las cosas que más ama, de dentro o de fuera, nos muestren su «resplandor».

Fernando Zóbel, de vuelta de uno de sus anuales viajes a Oriente y a América, en aquellos tiempos en que no se viajaba tanto, nos contaba que fue a una cena en Nueva York donde se encontraba, esplendorosa, la gran escultora Louise Nevelson y la describía ya bastante mayor, maquillada su cara toda en blanco, ojos muy oscuros, pelo rojo y con un vestido todo «negro pero lleno de luz». (El vestido procedía de los míticos ballets rusos).

Vuelvo a Carmen Laffón y a su bodegón. Ha conseguido, al revés que Kubrik, que la noche, la oscuridad, que para tantos es tristeza y hasta terror, sea un «resplandor». El resplandor que ya tienen todas las cosas dentro cuando se miran con amor.

Bienvenida a esta Casa, gracias Carmen por estar entre nosotros.

Gustavo Torner

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EL DÍA 9 DE ENERO DE 2000  
EN EL TALLER DE  
IMPRESA MUÑOZ JIMÉNEZ, S.L.  
DE SEVILLA